

SÉPTIMO TRIMESTRE.

8 de enero 1839.

CAPILLADA 107. (55 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis inconsideratus dixerit
Fr. Gerundio esse possibile, ali-
quatenus possibile, omnibus et in-
finitis epistolis quæ ex provin-
ciis ei diriguntur contestare, si-
cut cuperet, anathema sit.*

Si algun inconsiderado dijere
que no le es imposible de toda im-
posibilidad á Fr. Gerundio en
medio de sus infinitas atenciones
gerundianas, contestar, como lo
desearia, á las infinitas cartas con
que amigos, y conocidos, y desco-
nocidos de las provincias le favo-
recen, dígoles para su gobierno que
no está en gracia de Dios.

CONC. 4. GER. CAN. 3.

INGENIEROS É INGENIOSOS.

Tienen razon los ministros: el hombre debe
de ser para todo, diga lo que quiera *Mr. Des-
préaux*. Ahí nos andan citando á cada paso el

ejemplo de aquel médico Florentino (fuese Claudio Perraut á quien el Sr. Despréaux quiso aludir, ó fuese á quien quisiera, que eso á un Fr. Gerundio ni le va ni le viene), que siendo médico lo hacia tan malditamente que mas bien se le podia llamar asesino que médico; y dejando despues el arte de Esculapio, y tomando la regla y la escuadra, de discipulo infame de Galeno llegó á hacerse un arquitecto de fama y celebridad. De cuyo ejemplo quieren deducir cuatro autorecillos de mala muerte que no todos son para todo, apoyándose tambien en el *non omnia possumus omnes* de Ovidio; y que tal hay que no serviría para magistrado y en la música podria ser un Belliny ó un Donizetti; tal que no sabrá hacer una cuarteta, y haria un buen director de la junta de Aduanas y Aranceles, tanto que pudiera haber ahorrado al Sr. Pita el decreto del 4 incorporando á ella la friolera de otros veinte individuos mas. Con lo cual quieren probar que los talentos son respectivos; que cada uno debe entender en aquello á que se dedica, y que debe dedicarse á aquello á que su inclinacion natural le llama. Bobadas: doctrina de Jesuitas. Los ministros y Fr. Gerundio pensamos de otro modo: el hombre que

tiene ingenio para una cosa debe tenerle para todas; es decir; el hombre *ingenioso* debe ser por fuerza buen *ingeniero*; y el buen *ingeniero* tiene que ser hombre *ingenioso* para todo.

Guiado el gobierno por este principio, llamó el otro día á los ingenieros de mas nota de la corte, y les dijo que era menester que trazasen un plan de fortificacion para la capital; tal cual esta es susceptible de ser fortificada. Corriente: hicieronle los ingenieros, ^s presentaronle y fue aprobado, con su presupuesto de gastos ó avance de coste, y demas requisitos y circunstancias. Con esto creyeron los pobres diablos haber llenado su deber y cumplido con su mision. Pero el gobierno no pensó así, y tubo razon, porque dijo: «ingeniero debe venir de ingenio; de consiguiente si estos hombres son buenos ingenieros deben ser tambien muy ingeniosos; deben tener mucha ingeniatura, y lo que aqui necesitamos es ingeniatura.» Y llamóles otro dia y les dijo: «ahora es preciso que nos digan vds. de dónde ha de salir el dinero para los gastos de este plan de fortificacion: esperamos que vds. con su ingeniatura nos proporcionarán los recursos necesarios» En vano se esforzaron los ingenieros pa-

ra demostrar que aquello era enteramente ajeno de su profesion, porque ni sobre las arcas del tesoro se levantan planos, ni de la bolsa del prójimo sabian ellos hacer un croquis.

•No hay remedio, dijo el gobierno; es menester que vds. nos den dinero para llevar á cabo la obra que nos han trazado, porque nos gusta.—Pero, señor....—Vamos, vamos; el hombre ingenioso tiene ingenio para todo.—Pero señores, si nosotros no somos ingeniosos, sino ingenieros.—Vamos, vamos; es preciso que su ingenio de vds. nos saque adelante: el que tiene ingenio para una cosa le tiene para otra, y vds. deben ser muy ingeniosos.

No hubo remedio: no les fue posible á los profesores arranear otra respuesta; y cuando Fr. Gerundio lo supo, estaban ocupados estos en dar una contestacion formal por eserito, á ver si los dejaban en paz.

De aqui querrán inferir algunos que el sillón ministerial trastorna los cerebros; pero yo digo que no los tenian muy trastornados en cuanto no se les puso en la cabeza que cada ingeniero debia tener un ingenio de azucar dentro del craneo.

«¿Con que te vuelvo á ver, *Moíno* de mis entrañas, compañero mio de viaje, en quien yo vine á esta corte, unas veces á horcajitas y otras á mugeriegas segun el cuerpo me lo pedía, sin que tu me interpeláras una sola vez ni de palabra ni por escrito por mis impertinencias? (1) ¿Con que te vuelvo á ver, *Moíno* de mis ojos, camarada y concólega y conciudadano mio, como llaman ahora? ¿Tú por aquí otra vez despues de siete meses que no nos vemos? Bendita sea la madre que te parió, *Moíno* mio; buena fortuna tubiste en haber nacido pollino, que si hubieras sido mula ó mulo ó caballo, hubieras andado en lenguas estos dias por las Córtes, y despues acaso irias á tirar de un cañon de á veinte y cuatro, y te llevarian á Navarra, y sobre si hemos de ser libres ó no hemos de ser libres, vendria una bala, y te echaría al otro mundo sin darte lugar á decir Jesus. Y si fueras persona humana, tampoco librarias mejor, porque por la edad ya entrarías en quinta, y acaso te llevarían por soldado, y sabe Dios cuando te qui-

(1) Capillada 1 de Madrid.

tarían la albarda para darte el uniforme. Mas cuenta te tiene ser caballería menor, y cree^{te} *Moinico* mio, que aquí en España los que mejor librais sois los de tu especie. Vaya, vaya: el bueno del Moíno! vendrás cansado.»

Es el caso que habíamos salido Tirabeque y mi Rma. persona por la puerta de S. Vicente á dar un paseo, cuando dió la casualidad que encontrásemos de frente á un maragato con su recua, delante de la cual se dejaba ver el primero el pollinejo en que habia venido Tirabeque, que no es nuevo en España que los que menos andan sean los que vayan delante haciendo punta: el cual así que reconoció á su compañero de viaje se avalanzó á él, y agarrado del pescuezo le dirigió lleno de entusiasmo el precedente razonamiento. En seguida le hizo una caricia, le limpió el sudor con un pedazo de capilla vieja que llevaba en el bolsillo, y cuando le iba á dar otro abrazo, y al tiempo de decirle *vendrás cansado*, el pobre animalito como si tuviera uso de razon, no le dió otra respuesta mas que echarse con la carga.—Señor, me dijo entonces Tirabeque, esta bestia es el pueblo, así Dios me salve.—El bestia eres tú, majagranzas. ¿Con que lo que era tu *Moíno* ahora es el pueblo?—Señor, lo que yo

quiero decir no es que sea el pueblo así como suena, sino el címbalo del pueblo.—El símbolo en ese caso, necio y simple que tú eres. Y adviértote que esa comparacion, sobre ser inexacta, es ofensiva además; porque has de saber, hermano Pelegrin, que hoy el pueblo español conoce sus intereses mejor que los que le dirigen y gobiernan; y así verás que ni se paga de promesas, ni se fía de buenas palabras, ni aprecia partidos ni colores, ni estima mas que lo real y positivo.—No iba yo por ese lado, Señor, sino que decia que este pobre *Moino* era el símbolo del pueblo en eso de echarse con la carga, porque no puede con ella.—Pues no sé por qué, dijo el arriero, porque no trahe mas que el seis por ciento de las cargas.—Y esto que trahe á este otro lado, le replicó Tirabeque, ¿qué significa?—Eso no es mas que el diezmo de los encargos de este viaje.—¿Y este saco de encima?—Eso es una carga extraordinaria que me salió en la última jornada; ya la habia de haber trahido el otro viaje. Pero todo ello no vale nada.—Hombre, vd. es un Pita Pizarro, le dijo Tirabeque: todo le parece á vd. poco.—Yo no soy mas que un arriero honrado, le contestó el otro. Y comenzó á sacudir varapalos en el jumento tan sin

duelo y compasion como acostumbran los de esta profesion y egercicio.—Hombre, le dijo Pelegrin; vd. se ha convertido en un baron de Mer.—¿Qué mier, ni qué miero, ni qué..(1)?—Y así volvió á sacudirle como si el pobre pollino estuviera en estado de sitio arrieril.

Yo compadecido del mal tratamiento del infeliz animal, me revestí de mi gravedad gerundiana, y le prescribí al arriero que le ayudara de otro modo á levantarse. Hizolo, si bien con cierta demostracion de repugnancia, hasta que el animalito pudo levantar las dos manos: en cuyo estado dijo que de ningun modo trabajaría mas en su alivio sino echando mano otra vez del varapalo.—Hombre, le dijo Tirabeque; vd. es un Clonard: vd. no sabe levantar el sitio mas que á medias. Señor, me dijo á mi despues; ¿porqué no manda vd. á este hombre que acabe de levantar el *Molino*?—¿No ves el genio que tiene? le respondí. No me atrevo, porque si le apuro, puede que levante el palo contra mi mismo y me sacuda.—Señor, me dijo; vd. es el mismo gobierno en figura de Fr. Gerundio segun el miedo que tiene. ¿Vd. no ve que cualquiera que lo vea, dirá que tan

(1) Y lanzó una interjeccion que me dejó temblando.

bueno es vd. como el arriero? No; vd. decia que el gobierno era gobierno de medias horas, pero vd. tambien se contenta con hacer las cosas á medias.

Y quitando uno de los sacos y arrimando el hombro con resolucion levantó su *Moino* con la presteza y soltura del mundo, echando este á andar (no el mundo, sino el pollino) por su camino recto sin meterse con nadie.—¿Lo ve vd. señor? Asi se hacen las cosas á derecho, y no á medias como el arriero y vd., el uno porque no sabe mas que dar palos y el otro por medroso y encogido.

Incorporados veniamos los tres, mas por la aficion de Tirabeque á su compañero de viaje que al maragato su dueño, y díjole aquel á este: «muchas cargas trae vd. hermano.—No traigo tantas como debia, le respondió; para traerlas todas necesitaba otros tantos mulos.—Hombre, vd. es un Alaix.—Yo ¿porqué?—Porque Alaix ha pedido 420 á las Córtes, (y ya se les han dado por cierto), con que por lo visto vd. necesitaba otros tantos. Pero amigo, en vez de aumentarle á vd. la recua, ya puede vd. ir viendo si alguno de los que tiene está útil para la guerra, que no será extraño que le toque la china.—Pero ¿vd. no dice

que ya se los han dado las Córtes?—Hombre, vd. no entiende una jota de política. El gobierno pide, y las Córtes dan, entiende vd.? Pero las Córtes no dan, comprende vd.? Que quien dá despues es el que tenga un mulo como verbi gracia vd. ó una mula.—Qué: ¿tambien piden mulas?—Hombre, vd. parece bobo: despues que dieron las Córtes los 40.000 hombres, y los 6.000 caballos, y los 600 millones, y los 420 mulos al gobierno, ahora le dan tambien 1.003 mulas que dice que le hacen falta para la artillería. Pues bobo, ¿porqué decia yo al Moíno aquéllo de que si fuera mulo ó mula ó caballo hubiera andado en lenguas estos dias por las Córtes?—Y diga vd., señor Tirabeque (que asi me parece que he oido á ese otro señor llamarle á vd.): ya que vd. indica ser muy agudo en esto de la política del dia....—Si señor, entiendo alguna cosa, y eso que no es mas que de aficion.—¿No me dirá vd. para qué es el pico?—Hombre, vd. es muy bruto; ¿para qué ha de ser el pico mas que para hablar?—El bruto es vd. señor Tirabeque: yo hablo del pico de las mulas.—Hombre, vd. tiene gana de sofocarme: ¿las mulas tienen pico? ¿Le tienen sus mulos de vd.?—Le tienen las de ese señor que vd. lla-

ma Alaix.—Repito que es vd. muy bruto, hombre.—Mas bruto es vd. ¿Pues no dice vd. que ha pedido mil y tres mulas? Ese pico de las tres su porqué tendrá.—Pero hombre, si vd. no se esplicaba, ¿cómo le habia de entender? De ese pico no dicen nada los libros mios de política. Ese pico no deberá tener mas porque sino que en España es costumbre pedir siempre un pieo; y así verá vd. que siempre se pide una contribucion por ejemplo de cien millones ochocientos mil novecientos noventa y cuatro reales y *siete mrs.*

Pues mire vd., por últimamente, y escusamos de mas pláticas; de buena gana daría yo arriero mi dinero, y mis hijos, y hasta mis mulos, que son como el otro que dijo las niñas de mis ojos, á trueque del aquel que los empleáran bien y se acabára esta guerra entestina, que es peor que la guerra de la pendencia; pero cuando uno ve que todo se malgasta y se malrrota, y que no hay conduta en el gobierno, le lleva á uno satanincas.

En esta conversacion llegamos á la posada del arriero, en donde Tirabeque tubo que despedirse de su *Moino*, y entre otras ternezas que le dirigió le dijo: quiera Dios que no lleve á ti la requisicion, *Moino* de mis cinco po-

tencias, compañero de mis tres sentidos, que si el palo no se quiebra, no será extraño que se ande todo. De poco te sirve, hijo mio, haber mudado de amo si te cargan tanto que tienes que echarte. Quiera Dios que no me hagas fallar allá al rededor de S. Juan para emplear las espuelas que tomé en la feria.» Y lanzándole una mirada de cariño se despidió de su amigo y compañero con las lágrimas en los ojos.

A LA COMISION ESCALÍGERA (1).

Lo viste? ¿Viste como el Congreso hizo mas caso de mi capillada que de tu dictámen? ¿Viste como declaró que Baeza no debia quedar sugeto á reeleccion? Bien empleado te está, comision escalígera. Otra vez obra mas conforme á justicia, y mas conforme á conciencia, y no quedarás burlada. Y lo que te digo á tí, digo á todas, porque la capilla de Fr. Gerundio no se ahorra con nadie. Y que quien nos juntó aqui nos junte en su santa gloria. Amen.

(1) Refrérese á la capillada 105.

LOS ALÁNOS.

Estos alános de que habla mi Paternidad gerundiana ahora, no crean vds. que son aquellos Alános que en confluencia con los Suevos, Hunos, Vándalos y Godos se nos metieron de rondón por la patria de Fr. Gerundio adelante, como Pedro por su casa, allá á principios del siglo quinto. Ni son tampoco aquellos perros mestizos de dogo y mastina, de hocico romo, oreja caída, cabeza grande, cola larga, pelo corto y corpulencia de padre abad; que si en la comunidad perruna hubiera abades ó padres maestros diríamos que lo eran los alános. Los alanos de que hablo yo Fr. Gerundio en esta presente ocasion son unos 20 ó 30 oficiales de los que van á salir un día de estos con el convoy que va para el ejército, á incorporarse á sus cuerpos respectivos. Y llámole^s alános, porque á la manera que se colaron por España los satélites que mandaban Alarico, Torismundo y Ataulfo, y otros lapidarios como ellos, así se colaron por las puertas del ministerio de la guerra los buenos de mis oficiales la noche del 5.; y al modo que los otros alanos se tiran á la presa, así se tiraron ellos al Sr. Alaix, tan luego como le vieron entrar

pidiéndole la paga de marcha. Y así como en el circo taúrico, cuando se ve un toro receloso y retrahido que no entra á la vara, suele el público empezar á vocear; *perros, perros, perros*; así parece que habian voceado al entrar el Sr. Alaix; *pagas, pagas, pagas*.

Como para mi (Fr. Gerundio) todos los ministerios son iguales, me suelo ir por las noches en busca de materia para mis capilladas ya á uno ya á otro alternativamente. Aquella noche me tocó ir al de la guerra, y por esa casualidad ví lo que pasaba. ¡Qué risa! El uno le pisaba los talones, el otro le tropezaba el codo, el otro la falda de la casaca, el otro le interceptaba el paso, el otro le rozaba hacia donde tiene las última heridas, y todos los alános á un tiempo le ladraban á ambos oídos pidiéndole la paga de marcha.—Él á todo y á todos contestaba: «no hay paga, no se puede dar un cuarto.»—Siquiera media.—Ni un cuarteron, no hay.—¿Pues cómo hemos de marchar?—Pues quedarse.—¿Pues no se nos manda reunirnos á nuestros cuerpos?—Pues reunirse.—Pues venga la paga.—No hay paga.—*Pagas, pagas, pagas*.—Portero, cierre vd. esa puerta.

Y cerró el portero la mampara, y colóse el

Sr. Alaix sin dar otra respuesta. Pero fue el caso que tan de cerca quiso seguirle uno de los capitanes, que le cogió la mampara medio cuerpo dentro y medio fuera: de modo que por el lado de afuera era subteniente, porque no se le veía mas que la charretera izquierda, por el de dentro era teniente, y considerado interior y esteriormente era capitán: aquel hombre era el misterio de la Trinidad militar estrujado por una puerta. El caso es que ni podia salir, porque cargados sobre él y sobre la puerta los demas alanos, cada vez les apretaban mas á ella y á él. Al fin quiso Dios que aquello afloxára algo, y el hombre-trino salió trinando y renegando, magullado el cuerpo, con un siete en la casaca que le hize el pica-
 porte, y sin paga de marcha. Pues señor, dijo por último, desde aqui á Fr. Gerundio me voi.—*Todos.* «A Fr. Gerundio, á Fr. Gerundio.» Y cuando ellos meditaban acudir á Fr. Gerundio, ya Fr. Gerundio estaba meditando el modo de arreglar esta capillada.

Quien asistió al brillante concierto que en el magnífico salón del palacio de los duques de Villahermosa dimos la noche del 3 los socios del Liceo (este *dimos* que aquí pone Fr. Gerundio debe llevar intención de que sepan en las provincias que su Paternidad tiene la honrra de pertenecer al Liceo, porque no veo yo con qué otro objeto pueda esplicarse así. lo cual, con perdon sea dicho de su Reverencia, huela un si es no es á vanidad); quien vió aquella lucidísima concurrencia (que bien constaría de *mil y tres* personas) en que se dejaban ver los literatos y artistas mas célebres, amen de su correspondiente dosis de alta aristocrácia: quien vió á S. M. la siempre amable Cristina acompañada de sus siempre gerundiales ministros; quien vió aquellos grandes espejos, aquellos hermosos pavellones, aquellas 18 arañas, aquellos 24 candelabros, aquellas seis columnas, y aquel artesonado, y aquellos brillantes de las damas, y aquellas espigas de oro, y todas aquellas cosas: quien oyó aquellas sinfonías de Ducassi y de Basili; quien oyó á los Sres. Castellanos, Unanue, Salas,

Elipe, Calvet, Reguer y Moya; quien escuchó los dulces acentos de las señoritas de Cabrero, Moreno, Rojas, Lopez, Vega, Montenegro y Azcona en las arias, coros y rondós de *Francesca di Rimini*, de *Lucrecia*, de *Belisario*, de *Bianca di Messina* y de *Anna Bolena*; quien vió y oyó todo esto la noche del 3 y vió y oyó la del 5, víspera de Reyes, los cencerros que colgados al cuello y con una escalera al hombro llevaban por las calles los inocentes y pazguatos que salían á esperar los reyes á las puertas de Alcalá, Toledo y Atocha.... aseguro mi alma á Dios que no se podría persuadir á que estaba en el mismo Madrid, sino que creeria haber sido trasportado por encanto en dia y medio á Campazas ó pueblos adyacentes.

Ni yo mismo, Gerundio como soi, podia imaginar que en este teatro de malicias, ó en este *infierno de intrigas*, por valirme de la expresion del Sr. Seoane, se encontrasen gentes tan inocentes y sencillas, que aun cayeran en el garlito de ir á esperar los Reyes Magos con la esperanza de volver á casa con los bolsillos atestados de monedas de las que SS. MM. vienen repartiendo y derramando. Esto prueba lo que es Madrid y lo que somos los españo-

les. Muchos de estos hermanos andaban y cruzaban por estas calles de Dios exalados y con una una cuarta de lengua afuera corriendo de una á otra puerta, por la incertidumbre de la direccion que traherian los reyes, y concentrándose por último en la plazuela de palacio, á donde de seguro les decian sus maliciosos directores que habrian por fuerza de venir á parar.

Pero entre todos el que mas llamó mi atencion gerundiana fue el asistente de un brigadier que las leyes de la historia no me obligan á nombrar; soldado viñoso, y creo recién venido de su pueblo, porque otra cosa tampoco podia ser. Talla de granadero, buena estampa y hasta de gracioso semblante: pero la verdad, yo no creia tal sencillez en persona de su edad, y que hubiere visto una vez siquiera la ex-Ma-riblanca de la puerta del Sol. Cuando mi Paternidad llegó á la casa á que pertenece, le encontró vestido de general, con su sombrero de tres vientos, su casaca de Carlos III, guarnecida de papel que figuraba los entorchados, su gran corbato, la cabeza de un gran clavo romano por placa, y así los demas adminículos. Como se veia de aquella manera vestido, paseábase con mucha gravedad y prosopopeya por delante de su amo y demas señores, sin quitarse el sombrero, ni hacer otra demostracion de reverencia y respeto: tal es la influencia de un vestido en un hombre simple: yo creo que aquel hombre, si le hubiesen ofrecido un ministerio en aquel entonces, le acepta sin vacilar. Ansiando estaba el momento de salir á esperar los reyes, sin que le asomase á su imaginacion (sí imagina-

cion tenia) la mas ligera duda ó sospecha de que aquello no fuese una verdad. Si este hombre hubiera sido el conductor del discurso de Luis Felipe á Bruselás, también hubiera caído abrumado con el peso como las palomas de Valencien-nes. Del candor de este hombre á la suspicacia del Sr. Sancho va tanta distancia como de la inocencia de la tierna Isabel á la trascen-dental imaginativa de la duquesa de Beira ; y entre él y un baratero del regimiento cazadores de Luchana hay tanta conexion como entre los mandamientos de la Santa madre iglesia y los siete pecados capitales. Seis ministros de la buena fe del asistente, y de la sangre viva del Sr. Lopez, puede que nos fueran sacando adelante. ¿Qué sabra este pobre militar de las trapisondas de moderados ni exaltados, ni de las rivalidades de Espartero, y de Narvaez, ni de los misterios de la noche de 28 de octubre? Sin embargo, si se hubiera roto el fuego aquella noche, él quizá hubiera perecido, y Hubert y Narvaez, y todos los del enredo hubieran quedado bien; así la inocencia es constantemente víctima de la intriga.

Salió pues el bueno del asistente á esperar sus reyes magos, y aunque anduvo algunas horas y SS. MM. no venian, no por eso perdía las esperanzas de encontrarlos, y los maliciosos que le conducian cuidaban de írselas manteniendo con diferentes pretextos. Estos eran el gabinete Ofalia, y aquel representaba la mayoría de nuestro congreso, siempre esperando la cooperacion, y siempre alucinados con ilusiones y pretextos, sin acabar de acabar de desengañarse de que el resultado era andar vagan-

do sin encontrar nunca los cooperadores, y por último quedar tiritando del frío y de la niebla como el recluta de la noche del sábado. Item mas, sin un cuarto en los bolsillos despues de tanto dinero como le hicieron ereer le tocara en la reparticion que vendrian haciendo los reyes, que los auxilios pecunarios de los franceses asi han venido á ser como el dinero de los magos.

Todavía no se desengañó el pobre hombre, y cuando volvió á casa decia con mucha sinceridad «que no era estraño el que no hubiesen venido porque habia estado el dia muy malo, y que asi que levantára la niebla no dejarian de venir.» Este hombre no parece sino que tradujo á su language las espresiones de los que decian que asi que levantára la niebla del partido exaltado que oscurecia el gabinete, no podria menos de venir la cooperacion. Ya habia pasado el dia de Reyes, y todavia entonces decia que nunca habia estado mas próxima la venida; á esto ya no pude menos de decir, yo Fr. Gerundio; «Señores, esto ya pasa de simplicidad ó de refinamiento de malicia; este hombre es el Torero de los asistentes, y los bobos y los simples seremos nosotros, si continuamos un minuto mas tan embaucados con él como él parece estarlo con sus Magos.» Y despojósele del uniforme y honores de general, como se debia hacer con los que han querido embaucar al pobre pueblo español, reduciéndoles, si posible fuese, á la clase de asistentes.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.